

algar



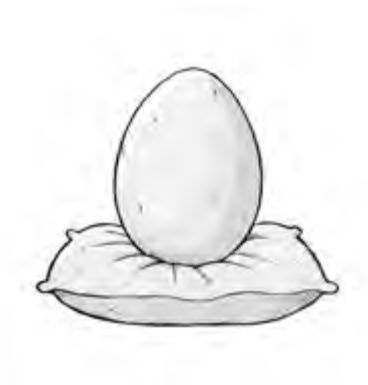
COLECCIÓN
CALCETÍN

Filiberto el dragón

Carmen
Gil

Dibujos de
Marc Bou





Un dragón rosa chillón

Todos los dragones del mundo nacen de huevos monocolor: huevos amarillos, huevos naranja, huevos verdes... Filiberto nació de un huevo de lunares que dejó a sus padres boquiabiertos.

A todos los dragones del mundo les encanta ensayar potentes rugidos. Suben a la cima de la montaña, respiran hondo y dejan salir el aire por sus fauces abiertas lanzando

bramidos enormes. Filiberto se pasaba la vida cocinando pizzas cuatro quesos con el fuego de su nariz, adivinando acertijos divertidos y colgándose todos los adornos brillantes que lograba encontrar.

Y, por si esto fuera poco, todos los dragones del mundo son verdes, igual que un pimiento, un helado de pistacho o la melena del hada del bosque. Filiberto, sin embargo, era un dragón rosa chillón.

Por eso, en Dragolandia miraban a Filiberto con desconfianza:

–Es más raro que una rana con flequillo
–decían unos.

–O que un huevo con cejas –añadían otros.

Filiberto procuraba no hacer caso y seguía buscando orégano para sus pizzas, admirando su collar de cristales de colores o inten-



tando adivinar el último acertijo que había encontrado:

Con un estrellado velo,
se pasea por el cielo
esta señora elegante,
llena, creciente o menguante.

Mas lo cierto es que los comentarios de sus compañeros se le clavaban en el corazón y le hacían mucho, pero que mucho daño.

Además de lanzar rugidos huracanados, los dragones tenían varias misiones importantes en la vida: secuestrar princesas, enfrentarse con valientes caballeros, servir de cabalgadura a brujas terribles, custodiar un tesoro y no dejar, por nada del mundo, que un hada los convirtiera en príncipes.

A Filiberto ninguna de estas tareas le en-

tusiasmaba, para qué nos vamos a engañar. Pero, como quería ser un dragón popular al que todos apreciaran, tomó una decisión:

–Me voy a convertir en el mejor dragón del mundo –afirmó.

Y para eso no tenía más que imitar a los demás.